

QUÉ OFRECE LA HISTORIA CULTURAL PARA ESTUDIAR LOS PROCESOS DE FORMACIÓN DE INVESTIGADORES

SARA ALIRIA JIMÉNEZ GARCÍA
Facultad de Pedagogía, Universidad de Colima

RESUMEN: En estas páginas se propone el análisis de los aprendizajes del oficio científico a través de *la historia cultural*; por medio de dicha vertiente se analizan variaciones de las nociones de *territorio, contexto y medios para el aprendizaje de académicos*, lo que permite interpretar los procesos señalados y las influencias cognitivo-intelectuales que se dan en ciertos espacios y tiempos.

El ejercicio permite acercarse a las distintas betas de conocimiento que brinda esta perspectiva de estudio para entender cómo se integra el conocimiento científico,

cómo se organizan sus representantes para postularlo y cuáles son los medios que suelen utilizarse para establecerlo y difundirlo con diversos actores y contextos. Cabe señalar que este documento es una versión modificada y sintética del texto: *Nociones la sociología cultural que explican el trabajo científico y la formación de investigadores*. Un análisis comparativo (Jiménez, 2011).

PALABRAS CLAVE: **Influencias cognitivo-intelectuales, territorios y contextos en la producción de conocimientos.**

Introducción: Nociones de territorio, contexto y medios para la formación en la historia cultural

En el presente texto se retoman algunas prácticas que interrogan lo que se ha dispuesto para definir el conocimiento científico, sus productores y las condiciones de su elaboración; para este propósito se parte de las nociones de *territorio, contexto y medios para la formación de académicos*, que se proponen a través de la historia cultural.

Esta dinámica de trabajo se nutre al ubicar las nociones de *medios para la formación* que se adhieren a la historia cultural, ya que así es posible observar cómo tales procesos se usan como mecanismos para definir, diferenciar y comunicar visiones sobre las construcciones de saberes científicos; entonces se crea una relación analítica circular entre las nociones de conocimiento y las de formación, puesto que ambas se pueden considerar

como fundamentos de estos desarrollos cognitivos y como parte de sus efectos constitutivos.

En ese sentido, se da cuenta de que el uso de algunos postulados prescritos para la formación de académicos tiene implicaciones para el arraigo, reconocimiento o desacreditación de las posiciones de construcción de conocimiento en un ámbito y tiempo determinados.

Además, se puede notar que las decisiones de los investigadores de comunicar diversos aprendizajes, de relegarlos o mantenerlos en secrecía, impactan las posibilidades de producir desarrollos científicos. En consecuencia, al dar cabida a unos planteamientos se excluyen otros, ya sea en la conciencia o inconsciencia de esta función.

Las nociones de *territorio* y *contexto* se trabajan separadas, porque mientras la primera se usa para referir la extensión de *influencia* que abarca una tradición de producción de conocimiento y los instrumentos que se utilizan para afianzarla, la segunda da cuenta de los *actores* que le dan origen, las condiciones que existen en un entorno para su diseño, delimita las líneas de pensamiento que la componen, identifica el espacio y tiempo en el que se plantea, y encierra una interpretación más o menos consensada sobre los aspectos que son necesarios para la profesión.

De acuerdo con lo señalado, se presentan las orientaciones de la historia cultural sobre las nociones de *contexto*, *territorio* y *medios* para la formación. Después, y a modo de cierre del artículo, se refieren algunos de los ejes centrales de la historia cultural que se pueden aprovechar para estudiar la formación de investigadores.

Poder, identidad y verdad: nociones de formación en la Historia cultural

Es posible estudiar las lógicas bajo las cuales se han dispuesto los mecanismos de producción de conocimiento por medio de la *historia cultural* (o historia social de la cultura); ya que sus fundamentos ofrecen una gran riqueza analítica sobre diversos procesos de estructuración de lo que se entiende como verdadero y sobre lo que significa entender las tareas de aprendizaje.

Aunado a lo anterior y de acuerdo con Popkewitz *et al.* (2003), Tenorth (2003) y Burke (2007), esta vertiente sienta sus bases en la incorporación de enfoques multidisciplinarios que conjuntan la educación, la política y, por supuesto, la historia y la sociología; en esa

dirección, esta perspectiva apuesta por el estudio de las *erudiciones*, las *narrativas históricas* que les dan sentido, y la disolución entre las barreras conceptuales que separan lo social de lo *cultural*.

Además, la historia cultural propone que se analice la singularidad, la escolarización, el uso del lenguaje, de los significados y de las reglas sociales que se han fijado en el presente y en el pasado como rasgos preeminentes de la interpretación; de esta manera sus autores dan un giro explicativo que liga a la sociología con la psicología y la antropología, porque se enfoca en los intereses, satisfacciones y en las interpretaciones particulares de los individuos.

Es por eso que dentro de la historia cultural se estudia el aprendizaje de diversas prácticas sociales, incluidas las discursivas y no discursivas que se utilizan en la ciencia - aunque no exclusivamente-, que producen conocimiento sobre el poder, la verdad, la identidad y el cambio social (Popkewitz *et al.*, 2003 y Foucault, 1995) y que se van inscribiendo en los cuerpos de los individuos (Foucault, 1995). En ese sentido, “la historia cultural... se une a las tradiciones críticas que se preocupan por las relaciones entre conocimiento, poder y cambio social” (Popkewitz *et al.*, 2003, p. 9).

De esta manera, la historia cultural interpreta los procesos de formación como “una cultura que obedece sus propias leyes, tiene efectos propios y se basa en fuentes propias” (Tenorth, 2003, p. 97); por lo tanto, habría que elaborar un cartografiado de estas prácticas con base en una serie de pautas pedagógicas, culturales y políticas específicas, a través de métodos particulares y adaptados a esa situación (Tenorth, 2003 y Popkewitz, 2003); en consecuencia, estas dinámicas identifican a la escuela como una institución que reproduce lo que está autorizado en un periodo y contexto específicos.

De modo paralelo, Burke (2007) señala que la historia cultural flexibiliza los puntos de vista económicos y sociales que se han usado antes en la sociología para explicar cómo conocemos y, por lo tanto, cómo se produce la ciencia, pues incorpora diversos elementos de la cultura popular, del lenguaje, de los imaginarios e interpretaciones compartidas, así como de la voluntad individual y colectiva; lo anterior permite comprender mejor los fines sociales que unen y distinguen a los grupos; según Tenorth (2003, p. 95), estas construcciones compartidas se “orienta(n) por los actores y en sí mismas exigen (revisiones y) correcciones (constantes)”.

Esta vertiente que explica las maneras en que se produce conocimiento y se aprende el oficio, abre las posibilidades de interpretación de tales construcciones de los actores porque añade rasgos de la vida cotidiana a los modos en que se trabaja en las instituciones educativas y en las agrupaciones científicas; entonces los sistemas cognitivos también incorporan nociones de otros campos distintos al científico y están enraizados en el *convencimiento* que tienen los individuos sobre las ideas que construyen sus prácticas sociales.

Por supuesto, lo anterior estaría supeditado a revisar qué elementos se integran al análisis y no se producen en el campo científico, pues de otro modo parecería que cualquier aspecto de los actores puede dar visos sobre sus prácticas en la ciencia; por lo tanto, es oportuno mencionar lo que dice Lorenzer (s/f, 3) respecto a los límites de interpretación de un texto, cuando menciona que “la firmeza de éste se impone contra la arbitrariedad del intérprete”.

En ese sentido, la historia cultural marca un sello distintivo de otras perspectivas sociológicas cuando se interesa por los *impulsos* particulares de los actores y retoma una noción de cultura relacionada con los significados que adoptan los individuos sobre diversas estructuras sociales y políticas, y que regulan tanto su disposición externa como interna.

A la vez, desde esta vertiente los actos de los científicos se pueden interpretar con base en su propia identidad, relacionados con las estructuras señaladas, pero también distanciados de éstas, a través de los intereses que los agrupan y los diferencian; al respecto, la historia cultural le quita peso a los factores sociales y económicos que podrían dar luces sobre la ciencia y sus asociados, para agregárselos a condiciones que están relacionadas con la visión de cada actor y con sus desacuerdos sobre un orden cultural asumido como imperante en una institución específica.

Al mismo tiempo, otras particularidades de la historia cultural de Popkewitz *et al.* (2003), Tenorth (2003) y Burke (2007), reside en que encuentran consistentes las interpretaciones que explican la propagación de una *tradicción* científica en ámbitos poco extensos; por tal razón, desde esta perspectiva se observan los aprendizajes que tienen los individuos o un conjunto de ellos dentro de las instituciones.

Esto no quiere decir que para la historia cultural las tradiciones no se propaguen de un contexto a otro, más bien implica que su influencia se transfiere entre grupos poco exten-

tos, como las comunidades académicas, y que al cambiar de contexto se realizan ciertas adecuaciones y correcciones.

Además, cuando las influencias se ubican en organizaciones, el enfoque de análisis se centra en el estudio de la *identidad* que se forma o transforma en sus agrupaciones y en las tecnologías de poder que subyacen a estos procesos culturales; por tanto, la noción de *territorios* pierde relevancia en la historia cultural, mientras que las de *contextos* y usos del poder en los procesos de formación adquieren mayor fuerza.

Por otra parte, el poder es una condición que circula entre los participantes de las diversas actividades sociales, por lo que su estudio rompe la posición dicotómica de vencidos y vencedores o dominantes y dominados, para revisar, como señala Popkewitz *et al.*, (2003), cómo se transfieren, se utilizan y movilizan diversas prácticas culturales.

Simultáneamente, la historia cultural construye su legado sobre la ampliación y profundización de los elementos que revelan las prácticas sociales de desarrollo científico y de formación de investigadores, en la medida que le otorga al poder una noción menos establecida en unos actores y que complejiza sus usos e impactos sociales.

Además, a la vez que los autores observan el poder como el que corrompe y jerarquiza ciertas tecnologías políticas para sustentar ambiciones gubernamentales y líneas de pensamiento, también lo ubican como el eje social que favorece, dinamiza y produce cambios en la sociedad. La síntesis de estos planteamientos se pueden observar en el cuadro que se presenta al final del texto.

Anotaciones finales: alcances de la historia cultural en el estudio de la formación de investigadores

Después de este breve recuento de las posibilidades de la historia cultural, se puede observar que sus aportaciones se orientan hacia la identificación de estrategias que dan cabida a la revisión de las satisfacciones de los individuos, a las interpretaciones que otorgan al conocimiento con base en su identidad y, a la interiorización y exteriorización de prácticas culturales que se desarrollan en lo privado y en las relaciones con los otros.

De este modo, cuando se usan las estructuras analíticas de esta perspectiva, los significados de los participantes en los procesos de formación son de especial relevancia, por lo

que los aprendizajes asociados a una profesión son explicados a través de las interpretaciones que hacen en lo individual y en relación con otros implicados en estas dinámicas.

De igual manera, la historia cultural tiene interés en descifrar las maquinarias de poder que se desarrollan desde los sistemas organizados para el aprendizaje y en revisar los acuerdos y desacuerdos de los individuos con estas tecnologías de la formación; al mismo tiempo se propone como clave de estudios sobre el conocimiento, la observación del *convencimiento* sobre los saberes que circulan, se crean y amplían en una comunidad científica.

En suma, las propuestas de estudio de la historia cultural enriquecen los posibles análisis sobre el desarrollo de saberes científicos, pues integran los mecanismos a través de los cuales se difunden las premisas centrales de una tradición de pensamiento y se crean argumentos explicativos respecto a los procesos de aprendizaje que dinamizan las nociones de ciencia, de organización y de difusión del conocimiento.

Referencias bibliográficas

- Burke, P. (2007). La historia cultural y sus vecinos. *Alteridades*, Año/Vol. 17. N° 33: Pp. 111-117.
- Foucault, M. (1995). *La Arqueología del saber*, (16 ed. en español). México: Siglo XXI.
- Jiménez, S. (2011). Nociones de la sociología cultural que explican el trabajo científico y la formación de investigadores. Un análisis comparativo. *Revista Perfiles Educativos*. Vol. XXXIII. N° 132. Tercera época. Obtenido el 5 de abril de 2011. <http://www.iisue.unam.mx/seccion/perfiles/>
- Lorenzer, A. (manuscrito inédito). *Métodos de interpretación de hermenéutica profunda*.
- Popkewitz, T., Franklin, B. y Pereyra, M. (Comp.) (2003). *Ensayos críticos sobre conocimiento y escolarización*. España: Ediciones Pomares.
- Tenorth, H. (2003). *Nueva historia cultural de la educación. Perspectiva del desarrollo de la historia de la investigación de la educación*. En T. Popkewitz, B. Franklin y M. Pereyra (Comp.). *Ensayos críticos sobre conocimiento y escolarización* (pp. 84-100). España: Ediciones Pomares.



Esquema 1, elaboración propia.